

El racismo de la diferenciación

La inmigración, la pobreza y la exclusión son temas polisémicos, polémicos y políticos. Polisémicos porque desde hace veinte años los tres temas son objeto de múltiples escritos y análisis que se diferencian solamente por los límites que se otorgan a cada concepto. Polémicos por la fuerte carga afectiva que contienen los debates que generan los tres procesos. Políticos ya que interpelan directamente al estado de nuestras sociedades y a las opciones políticas dominantes. Pedir relacionar los tres conceptos es pedir lo imposible. Quedaré satisfecho si llego a establecer algunas bases para el debate.

1. Las posibles posturas

La neutralidad se torna imposible ante cuestiones tan candentes como éstas. Hablar de estos objetos supone tocar temas subyacentes, postulados de partida, posturas iniciales. Destacaré dos posturas muy frecuentes y dominantes, aunque generalmente implícitas. Asumiendo el riesgo de caricaturizarlas, intentaré describirlas y de este modo podremos valorar qué tipo de reflexión comportan.

1.1 La naturalización

Una primera orientación de los discursos existentes sobre estos temas consiste en naturalizar. No es difícil hallarla en los discursos políticos, mediáticos, universitarios y del trabajo social donde se patentiza que hay un problema de la inmigración, un problema de la pobreza o, más exactamente de los pobres, y un problema de la exclusión o de los excluidos. La naturalización consiste en atribuir a la propia naturaleza de las cosas el origen de sus problemas: los inmigrantes, los pobres y los excluidos llevan en sí mismos los propios problemas. De este modo no hay que cuestionar los procesos ni las desigualdades sociales: las causas principales de los problemas están dentro de las personas que los sufren. Los inmigrantes son los responsables de su no integración, los pobres de su pobreza, y los excluidos de su no inserción.

El razonamiento se apoya principalmente sobre dos premisas. La primera consiste en un proceso de interiorización de las causas, es decir: en atribuir a causas internas a las personas los fenómenos y los comportamientos que son fruto de causas externas, económicas y sociales. La segunda premisa consiste en, tal y como lo llama la psicología: *la fe en la justicia del mundo*.



Efectivamente, para evitar las cuestiones que afectan nuestra implicación, nuestros límites profesionales o nuestra impotencia, se desarrolla una tendencia a considerar que el mundo puede ser justo y que, por consiguiente, las disfunciones del sistema han de ser atribuidas a personas. Estas dos premisas comportan una lógica de la capacidad, es decir, creer que son las capacidades de las personas las que explican sus situaciones. El trabajo social se convierte, desde esta óptica, en una verdadera operación de transformación de la naturaleza de las personas.

La versión más frecuente de lógica de la capacidad es el discurso de la voluntad: la motivación o la voluntad son consideradas cualidades o capacidades intrínsecas a las personas y no un fruto de los procesos sociales. El conjunto lleva al *discurso de la superación*, según el cuál los trabajadores sociales piden dominio, mejora, etc., a las personas, como si se tratara de una opción personal de éxito o de fracaso. El peligro es, como se ha dicho, interiorizar la responsabilidad de la situación a quien es su víctima y de este modo reforzar aún más el automenosprecio y la baja autoestima.

***Interiorizar
la respon-
sabilidad de
la situación
a quien es
su víctima***

1.2 El integracionismo

La segunda postura dominante es la del modelo *integracionista*. En el seno de este razonamiento hallamos la premisa de una sociedad que funciona y de unos ciudadanos con recorridos accidentados que los han llevado a la situación de exclusión. No es su propia naturaleza la que les excluye, como en la postura precedente, sino su propia trayectoria. El origen social de las trayectorias desviadas es, también en este discurso, un tema eludido. Se comprende, pues, que hay un lugar para todos en el sistema y que los que han sido excluidos pueden *reintegrarse*: de nuevo el *discurso de la superación*. Lo que se oculta aquí, es que a una buena parte de los excluidos el sistema es quien les asigna esta categoría.

En consecuencia, el modelo de trabajador social es el del pasante que ayuda a cruzar la ribera de la exclusión hasta la de la tierra prometida de la normalidad. Igual que la postura precedente, el análisis no tiene en cuenta el contexto económico y sus contradicciones.

2. Los implícitos de estas posturas ideológicas

Las dos posturas que acabamos de caricaturizar son un callejón sin salida por un buen número de datos y alteraciones sociales.

2.1 Toda inmigración es una grieta en la identidad

Nos referimos a la vez a migraciones geográficas (el paso de un país a otro) y a migraciones sociales (el paso de una clase social a otra, que a menudo implica el paso de la clase obrera a la excluida). Nadie no emigra sin razón, es decir, sin mirar de encontrar un equilibrio favorable entre lo que pierde (la coherencia de la identidad, por ejemplo) y lo que gana (promoción social o reconocimiento, por ejemplo).

La novedad en este terreno va de la mano de la masificación del paro y de la exclusión debida al liberalismo mundial dominante. Por estas razones el equilibrio buscado ya no es tal, sino una balanza totalmente desequilibrada y unilateral: la pérdida de identidad es inevitable y, además, la compensación en términos de reconocimiento y promoción social ya no existe. El *mercado del engaño* inevitablemente sólo genera reacciones de resistencia: ¿Por qué un inmigrante debería aceptar amputaciones en su identidad, la pérdida de las raíces, si no hay ningún otro enraizamiento socialmente valorado? ¿Por qué un *excluido* debería querer inserirse si la inserción que se le propone es marginal y desvalorizada?

Para ilustrar este nuevo contexto podemos tomar el ejemplo de la llamada *segunda generación* en los países industrializados –el ejemplo no pretende generalizar–. Los mismos procesos los hallamos también en el caso de los hijos del mundo obrero. La inmigración tiene una función *reveladora*, o de *lente de aumento*, de procesos que afectan poblaciones mucho más amplias.



Todas las migraciones producidas a partir del siglo XVIII han visto que los hijos de los inmigrantes han alcanzado un estatus social superior al de sus padres. Los ejemplos del hijo de campesinos que llega a ser maestro y/o el hijo de inmigrantes que llega a ser obrero cualificado mientras que su padre era peón, han marcado las migraciones del



pasado. Por primera vez, hoy el estatus de los hijos a menudo es inferior al de los padres. Las consecuencias son incontables. Citamos algunas:

- Reapertura de la herida narcisista de los padres: el estatus de los hijos cuestiona el sentido de la migración. *¿Obré bien al emigrar?*

- Deslegitimación de la autoridad paterna y mutismo de los padres: la autoridad de los padres está, en un entorno popular (emigrante o no), centrada en el acto de subvenir a las necesidades de la familia. La imposibilidad de hacerlo lleva consigo con frecuencia a procesos de retracción, huída o mutismo por parte de los padres.

- El retorno de identidades parciales (religiosas, de sexo, de edad, de territorio...): la cultura obrera ha sido el marco de acogida de inmigrantes internos y externos y el marco de la socialización de sus hijos. Ofrece una identidad común que permite relativizar las identidades parciales y desdramatizarlas. La crisis de la cultura obrera ha hecho resurgir estas identidades parciales y tiende a presentarlas como contradictorias.

- La emergencia de una diversidad cultural de origen interno y externo: el estallido de la cultura obrera desarrolla identidades culturales diferenciadas, tanto a nivel nacional como extranacional. La multiculturalidad está presente tanto si la deseamos como si no. El problema no es estar a favor o en contra de ella sino preguntarse: *¿qué hacer con ella?*

2.2 La inmigración es un hecho estructural a largo plazo

A partir de este momento el mundo se convierte en un pueblo, pero un pueblo desigualitario, donde la abundancia no es sino un sueño para la gente que no tiene acceso a ella. Mientras la desigualdad social sea tan fuerte y los medios de comunicación la hagan tan visible, ahora que han progresado tanto, los que no tienen continuarán deseando llegar a la tierra *prometida* (la ciudad, el centro, los países industrializados...). Ninguna política represiva y de cierre de fronteras no logrará parar este proceso, excepto si acepta una sociedad totalitaria y militarizada. Ciertamente se puede frenar o poner trabas al proceso, pero no pararlo. La diversidad cultural de nuestras sociedades no puede hacer otra cosa que crecer. El fondo de la cuestión radica en preparar a nuestras sociedades y a nuestros hijos para vivir en esta multiculturalidad. No es fácil, ya que tenemos un sistema político con una extrema derecha que instrumentaliza el tema de la inmigración¹. Mientras que nuestras necesidades a largo plazo exigen una educación orientada a la alteridad,

estos políticos –centrados en el corto plazo– actúan espantados imaginándose el fantasma de los peligros de la diversidad cultural.

2.3 La crisis de las culturas de acogida: las culturas de clase

Es necesario un repaso histórico con el fin de captar el contexto actual. Nunca ha existido una plena integración de las poblaciones inmigradas o de las nuevas generaciones del mundo popular en una identidad nacional abstracta. Los inmigrantes, así como los jóvenes, siempre se han integrado en las culturas y clases obreras y campesinas. Ésto ha permitido la coexistencia de particularidades culturales parciales y del sentimiento de pertenencia a una cultura común más genérica. El parecido permite la diferencia. La crisis actual hace desaparecer los procesos de parecido y deja a los ciudadanos solos ante sus diferencias. La multiculturalidad no funciona en un contexto en el que los parecidos están en crisis. Es grande el riesgo de que se desarrolle un *apartheid* si nuestras sociedades no retoman la tarea de producción de parecidos comunes; es decir, de producción de una transcultura al lado de la multiculturalidad.

**La producción
de una
transcultura al
lado de la
multiculturalidad**

3. Por la multiculturalidad

Los procesos descritos más arriba nos permiten señalar algunas observaciones. Sin ser exhaustivo, las que describiré a continuación son fáciles de reconocer en la realidad:

- La multiculturalidad no es una naturalidad: la actitud romántica de pensar que los hombres viven juntos de modo espontáneo, respetando sus diferencias, no nos asegura nada, al contrario; nos conduce a subestimar nuestra propia tarea de educadores. La multiculturalidad supone que nuestras sociedades progresen de modo consciente, hecho que no se produce espontáneamente.

- La multiculturalidad exige igualdad: a falta de un mínimo de igualdad, su diferencia tiende a transformarse en jerarquía. El *cada uno en su casa* está a punto de substituir el *convivir todos juntos* bajo el pretexto del *respeto entre culturas*.

- La multiculturalidad supone la existencia de combates comunes: la esperanza social es un elemento central de la convivencia.



Dos observaciones más que merecen ser subrayadas son:

- la urgencia de una lucha común para traspasar las fronteras del dinero y de la nacionalidad;
- la urgencia de desarrollar luchas políticas que generen esperanzas sociales, es decir, actuar para rediseñar un proyecto de sociedad más justa, más igualitaria y más solidaria.

Sin ésto nos encontraremos cada vez más replegados sobre lo que nos diferencia de los demás y daremos paso a la utilización que la extrema derecha hace de la diferencia, basada en el miedo y la amenaza.

Con el fin de concluir querría dar la palabra a Antonio Gramsci. Si mis palabras han parecido pesimistas –pesimismo en el análisis y optimismo en la voluntad– estoy convencido de que se trata de un discurso que aún no ha envejecido.

Saïd Bouamama
École d'Éducateurs Spécialisés A.R.F., Lille

1 N.T.: El autor vive en Francia, país que ha experimentado últimamente la emergencia de comportamientos xenófobos estimulados por la ideología racista del Frente Nacional.

El racismo de la diferenciación

El racismo de la diferenciación

El autor desvela algunas de las claves ideológicas del discurso con que frecuentemente los agentes sociales abordan la relación entre inmigración, pobreza y exclusión social, para mostrar el mecanismo perverso mediante el cual se oculta el papel que el sistema político y económico juega en la génesis de dichas categorías.

Racism and differentiation

The author reveals some of the ideological keys to the speech frequently used by social agents when they approach the relation between immigration, poverty and social exclusion. He makes so in order to show the perverse mechanism hiding the role played by the political and economical system in the creation of the said categories.

Autor: Said Bouamama

Artículo: El racismo de la diferenciación

Referencia: Educación Social núm. 11 pp. 32 - 38

Dirección profesional: École d'Éducateurs Spécialisés A.R.F.,
Lille - Francia